



EDITORIAL

¿ORACION A PARTIR DE LA LECTURA DEL ANTIGUO TESTAMENTO?

Para quienes, sea en el Oficio de Lectura, sea en Vísperas o en Laudes, usan el leccionario bienal de la Liturgia de las Horas —único medio para familiarizarse con la totalidad del Mensaje revelado (Cf. Oración de las Horas, n. 54, pp. 7-21)— la segunda parte de este año 1975 estará dominada por la lectura del Antiguo Testamento. En efecto, a partir del 8 de junio y hasta el comienzo del próximo Adviento, con la única excepción de las dos últimas semanas de agosto, el Leccionario nos propondrá para la oración de cada día una perícopa del Antiguo Testamento, y ésta tomada aún de unos libros que, a primera vista, no parecen ser precisamente los más apropiados para la oración: los que relatan la antigua historia de Israel (con sus curiosas y casi inverosímiles anécdotas) desde que el antiguo Pueblo de Dios entró en Canaán hasta que fue al destierro de Babilonia.

Pensamos que para no pocos de los que tomarán en sus manos este Leccionario, incluso entre los religiosos y personas habituadas a la oración, leer cada día como tema de plegaria alguna de estas narraciones puede representar, si no explícitamente sí que por lo menos en su subconciencia, una seria dificultad. ¿Son en realidad estos relatos, algunos de los cuales son incluso bien inverosímiles si se han de tomar como narraciones simplemente históricas, lectura apta para alimentar la oración? El tiempo dedicado a esta lectura, ¿no será, al menos en parte, tiempo perdido? O por lo menos, ¿no sería más provechoso dedicarlo a una lectura más nutritiva del Nuevo Testamento o incluso de otros libros de espiritualidad más explícitamente cristiana y edificante? Pensamos que estos interrogantes son serios y que vale la pena reflexionar sobre ellos.

En primer lugar hay que constatar un hecho que está sin duda en la raíz de este malestar: los cristianos perdieron, desde hace siglos, el hábito de tomar el Antiguo Testamento —o por lo menos la mayor parte de sus libros— como materia de oración y por ello estos escritos fueron cada vez más ajenos a su vida. Y ello no solamente por lo que respecta al pueblo sencillo; incluso muchos de los estudiosos de la Biblia, que científicamente conocen su contenido, no han

tenido tampoco el hábito de servirse del Antiguo Testamento para su oración. En el aprendizaje común que todo cristiano hizo de la plegaria, las narraciones del Antiguo Testamento, en los últimos siglos, apenas nunca tuvieron cabida. A este respecto hay un ejemplo que puede resultar clarificante: en el antiguo Misal Romano, en uso desde el siglo XVI, por lo que respecta a los días festivos, que son los únicos que reunían a todo el pueblo, solamente en cuatro ocasiones a través de todo el año se proclamaba el Antiguo Testamento y aún por lo menos en dos de ellas en un sentido abiertamente acomodaticio: Epifanía, San José, Asunción e Inmaculada Concepción de María. Difícilmente se podía esperar que a base de estas cuatro lecturas se pudiera tener una visión de lo que representa el Antiguo Testamento en la oración cristiana.

Por ello, seguir ahora el camino que nos propone el Leccionario del Oficio puede resultar difícil. Pero ello no significa que uno pueda renunciar a este cometido. Bastaría recordar unas palabras del Vaticano II a este respecto: *Los cristianos han de recibir devotamente los libros del Antiguo Testamento pues expresan el verdadero sentido de Dios, encierran sublimes doctrinas acerca de Dios y contienen una sabiduría salvadora para la vida del hombre y admirables tesoros de oración* (Const. Dei Verbum, n. 15). O también aquellas otras palabras de Pablo VI, en uno de sus discursos pronunciado el 19 de abril de 1968: *La riqueza de la Revelación contenida en las páginas del Antiguo Testamento es tal que nadie puede agotarla. En ellas se nos revela Dios, creador y bueno, único y verdadero, el Dios de toda santidad, ofendido pero siempre dispuesto al perdón porque tiene un designio de salvación para todos los hombres y lo va realizando incesantemente a través de una "historia santa" de la que la Iglesia recoge con amor y veneración inmensa cada uno de sus fragmentos.*

Concretamente los libros que vamos a leer durante estas semanas ponen ante nuestros ojos una historia que en realidad es la nuestra: un tiempo de lucha situado entre dos épocas maravillosas: la portentosa salida de Egipto y el glorioso reinado de David. ¿No vivimos también nosotros la salvación maravillosa de la Pascua de Cristo? Pero, ¿no hemos de luchar, con todo, por la conquista definitiva que nos instalará en el Reino del Hijo de David? Sin duda tendremos que sufrir y luchar en este tiempo de conquista del cielo nuevo y de la tierra nueva, pero la lectura optimista de las luchas de Israel nos recordará que también nosotros tenemos una tierra prometida —pero no regalada— y que sólo sufriendo llegaremos a conquistarla, como nos prometió el Señor: *Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la Tierra* (Mt 5,5).

P. F.